

El Color del Delirio

De la Serie: *Realidad Alterada*

Jorge F. González

Gracias por tomarte el tiempo, para leer el inicio de esta novela. Espero que la disfrutes tanto, como yo al escribirla.

Por favor, siéntete en la libertad de compartir este archivo.

O si prefieres compartir tu opinión, puedes dejar una reseña en Amazon.

Gracias.

Editorial
BLND Studio

www.blndstudio.mx

1

El traslado

La ciudad tiene una manera silenciosa de convencerte de que siempre ha sido la misma. Uno termina creyendo que los edificios ocupan desde hace décadas el lugar exacto que les corresponde, que las banquetas han conservado la misma inclinación desde que uno aprendió a caminar, y que los árboles recuerdan mejor que nosotros el orden de las estaciones. Sólo cuando decides marcharte, descubres que esa estabilidad era una negociación privada entre tu memoria y el hábito.

La mañana en que abandoné Ciudad de México, desperté antes de que sonara el despertador. Claro que no fue una decisión controlada conscientemente, simplemente abrí los ojos con la sensación de haber llegado tarde a una cita que todavía no existía.

Permanecí algunos minutos inmóvil, observando el techo del departamento que durante casi quince años, había sido al mismo tiempo vivienda, estudio y refugio.

A esa hora, el silencio aún pertenecía tanto a quienes madrugan por necesidad, como por elección. Desde la calle, apenas llegaba el rumor distante de un camión de reparto y el zumbido continuo del tránsito que nunca desaparece del todo en esta ciudad.

Había vendido poco. No por falta de trabajo ni por desinterés del mercado. Algunas de mis pinturas seguían circulando entre galerías, colecciones privadas y ferias internacionales. Continuaba recibiendo invitaciones para exposiciones colectivas y conferencias. Mi nombre todavía aparecía con cierta frecuencia en revistas especializadas. Desde fuera, cualquiera habría dicho que atravesaba un momento estable de mi carrera, por decirlo de alguna manera.

Sin embargo, llevaba casi dos años sintiendo que cada nuevo cuadro, nacía respondiendo a preguntas formuladas por otros. Las conversaciones con curadores terminaban pareciéndose unas a otras. Se hablaba más de posicionamientos que de pintura, más de discursos que de materia, más de interpretación política que de experiencia estética. Las obras parecían llegar al mundo, acompañadas por un instructivo sobre la manera correcta de mirarlas, lo que cada vez me parecía más desafortunado.

No podía culpar a nadie en particular... o sí. Era parte de una transformación más amplia, global. La mayoría de las instituciones culturales tanto públicas como privadas, empezaban a comportarse con una cautela, que confundía responsabilidad con temor.

Algunos artistas evitaban ciertos temas para no cerrarse las puertas, mientras otros, parecían producir únicamente aquello que sabían que sería celebrado por anticipado. Incluso los desacuerdos comenzaban a adquirir formas previsibles.

Durante meses intenté convencerme, de que se trataba de una incomodidad pasajera, imagino que al igual que muchos europeos lo hicieron a finales de los 30's. Pensé que bastaría con iniciar una nueva serie o cambiar de formato. Hice escultura durante unas semanas. Volví a experimentar con fotografía infrarroja y hasta pensé en regresar a la analógica. Revisé antiguos cuadernos de Pasadena, y apuntes conservados durante mis breves estancias de verano en Milán.

Nada modificó esa sensación persistente. No era la pintura lo que estaba agotándose, creo que era mi manera de habitarla.

Mientras preparaba café, observé las cajas apilándose junto a la puerta. Había intentado reducir mis pertenencias a lo mínimo indispensable: ropa, algunos libros, carpetas con dibujos, herramientas, pinceles que llevaba usando desde hacía años y una selección mínima de pigmentos. Cualquier otra cosa, viajaría semanas después, si realmente hacía falta.

Nunca he entendido la obsesión por conservar objetos, cuya única función consiste en demostrar, que alguna vez estuvieron con nosotros. Otro mal de familia, supongo.

El departamento comenzó a vaciarse mucho antes de quedar realmente vacío. Antes de salir, recorrí lentamente cada habitación. No como alguien que se despide, sino como quien verifica una composición, antes de darla por terminada.

Había aprendido, trabajando sobre lienzos de gran formato, que el ojo siempre encuentra un detalle nuevo durante la última revisión. Una sombra apenas desplazada, una línea demasiado evidente, una tensión que hasta entonces permanecía escondida.

La memoria funciona de manera parecida, siempre descubre algo cuando ya no puede corregirlo.

Cerré la puerta sin dramatismo. El elevador descendió con la lentitud habitual. Saludé al vigilante, quien levantó la vista del periódico para desearme buen viaje, con una naturalidad que me

sorprendió. Como si lo hubiéramos ensayado innúmeras veces, cuando en realidad, nunca habíamos hablado por más de dos minutos seguidos, en los últimos cuatro años. Quizás las despedidas importantes, sólo existen para quienes se marchan para siempre.

El trayecto hacia Oaxaca comenzó entre avenidas familiares que, vistas desde la camioneta, parecían pertenecer ya a otra persona. Reconocía los anuncios espectaculares, los puentes, las fachadas, pero algo en la distancia emocional había cambiado. Era como contemplar reproducciones impecables de lugares conocidos.

No experimentaba nostalgia, pero tampoco entusiasmo. Más bien una curiosidad tranquila.

Llevaba ya varios meses, estudiando distintos sitios donde instalarme temporalmente. Necesitaba un lugar que no exigiera reinventarme, pero tampoco continuar exactamente igual.

Y finalmente, encontré esa posibilidad en San Matías Jalatlaco casi por accidente, durante una conversación con una restauradora que trabajaba entre Oaxaca y Puebla. No me habló de turismo ni de gastronomía. Me describió la manera en que los vecinos seguían utilizando las calles del barrio, como una extensión de sus casas. La relación cotidiana entre talleres, patios y espacios públicos, la convivencia natural entre edificios centenarios y los proyectos contemporáneos.

Aquella descripción, permaneció conmigo por más tiempo que cualquier recomendación de galería. No buscaba inspiración. De hecho, desconfío profundamente de quienes viajan esperando encontrarla. La inspiración, suele confundirse frecuentemente con las expectativas.

Lo que necesitaba, era modificar el lugar desde donde observaba.

Durante las semanas previas, había alquilado una antigua casa adaptada parcialmente como estudio. Las fotografías mostraban muros altos, luz abundante y un patio interior donde el sol

permanecía varias horas durante la tarde. Con eso me bastaba, no necesitaba nada más.

El camino comenzó a cambiar conforme nos alejábamos del valle de México. Nunca entendí por qué lo llamábamos así, cuando en realidad había sido una cuenca lacustre con cinco lagos. Los ríos, sólo aparecían en los nombres de calles y avenidas.

La densidad urbana, fue cediendo lentamente espacio a las extensiones abiertas donde el horizonte recuperaba una presencia que en Ciudad de México, siempre parecía fragmentada entre edificios.

Me descubrí observando la transición de los colores. No los colores espectaculares, los discretos. El gris del pavimento transformándose poco a poco en tonos terrosos. El verde dejando de ser uniforme, para dividirse en decenas de matices imposibles de nombrar con precisión. La luz adquiriendo una textura menos difusa.

Por un momento, pensé que probablemente todos esos cambios habían estado siempre ahí. Uno simplemente deja de verlos cuando aprende demasiado rápido el nombre de las cosas.

Saqué una libreta del portafolio y anoté una sola frase: "No pintar lo que veo. Pintar la manera en que aprendo a verlo."

No era el comienzo de un manifiesto, o algo por el estilo. Tampoco una idea para una exposición, era apenas una dirección. La primera coordenada de un proyecto que todavía no tenía forma, dimensiones, ni mucho menos, un tema definido.

Durante el resto del trayecto permanecí en silencio. Por primera vez en mucho tiempo, no sentía la presión de producir una obra destinada a responder preguntas ajenas.

Todavía ignoraba qué terminaría pintando en Jalatlaco. Lo único que sabía con absoluta claridad, era que, antes de enfrentar un lienzo nuevo, tendría que aprender a mirar otra vez.

Llegué a la ciudad de Oaxaca poco después del mediodía. La luz tenía una cualidad distinta a la de Ciudad de México. No era más intensa ni necesariamente más cálida, simplemente parecía recorrer menos obstáculos antes de tocar las superficies. Las fachadas devolvían los colores con una nitidez que me obligó a entrecerrar los ojos durante los primeros minutos. Pensé que quizás era una consecuencia del viaje, de las horas acumuladas sobre el camino, pero la sensación persistió mientras avanzaba por las calles del centro histórico.

Había decidido no conducir hasta Jalatlaco. Dejé la camioneta en un estacionamiento cercano y recorrí el resto a pie. Quería que la llegada ocurriera a una velocidad compatible con la observación. Después de varias horas viendo el paisaje a través de un parabrisas, necesitaba recuperar la distancia que existe entre el cuerpo y el espacio cuando uno camina.

Las calles conservaban un ritmo que no parecía responder únicamente al tránsito. Los comercios permanecían abiertos sin la urgencia de atraer clientes a toda costa. Las conversaciones escapaban de las puertas, y se mezclaban con el sonido de las herramientas en pequeños talleres. En una esquina, un hombre reparaba una bicicleta mientras hablaba con una mujer que llevaba una bolsa de pan bajo el brazo. Ninguno parecía tener prisa por terminar la conversación.

No idealicé la escena. Las ciudades no son organismos armónicos. También aquí había ruido, vehículos, cables, motocicletas y turistas intentando convertir cada fachada en una fotografía, en una postal. Sin embargo, debajo de esa actividad existía otra cadencia, menos visible, como si el barrio conservara un tiempo propio que no necesitaba imponerse para sobrevivir.

Encontré la casa sin dificultad. La reconocí antes de verificar el número. El portón de madera oscura aparecía ligeramente retirado de la banqueta y los muros de cantera mostraban pequeñas marcas

de restauraciones antiguas. No intentaban ocultar el paso de los años, simplemente convivían con él.

Toqué la puerta. Unos segundos después apareció la propietaria, una mujer de alrededor de setenta años, de voz serena y movimientos pausados. Se presentó solamente como Teresa. Nos habíamos comunicado únicamente un par de veces por teléfono.

—Pensé que llegaría más tarde. —Dijo mientras abría completamente el portón.

—Yo también.

—Bienvenido, la mudanza llegó sin problemas.

—Perfecto, gracias.

Sonrió con una naturalidad que hizo innecesarias otras explicaciones.

El zaguán conducía a un patio interior, donde la temperatura descendía varios grados respecto a la calle. Un limonero ocupaba casi el centro del espacio. Las ramas proyectaban sombras irregulares sobre el piso de piedra, y el aire transportaba un olor tenue a tierra húmeda.

—La casa fue un taller de carpintería hace muchos años. —Comentó mientras caminábamos. —Después estuvo abandonada bastante tiempo. Mi esposo y yo la fuimos restaurando poco a poco.

No hablaba con orgullo, sino con la satisfacción tranquila de quien conoce la historia de un lugar porque ha participado en ella.

El estudio ocupaba la habitación más amplia. El techo era considerablemente más alto de lo que sugerían las fotografías, lo que me resultaba por demás conveniente, para obras de gran formato.

Una serie de ventanales orientados hacia el norte, distribuían la luz de manera uniforme. Era exactamente el tipo de iluminación que un pintor deja de apreciar sólo cuando la pierde.

Permanecí unos instantes observando el espacio vacío. Un taller recién habitado, produce una sensación peculiar. No parece esperar muebles ni herramientas... espera decisiones.

Teresa me entregó dos juegos de llaves y un sobre con algunos documentos relacionados con el arrendamiento.

—Si necesita cualquier cosa, vivo a dos calles de aquí.

Le agradecí la confianza. Antes de marcharse se detuvo en la puerta.

—Una recomendación.

—Por favor, dígame.

—No intente conocer Oaxaca en una semana. El barrio se deja entender despacio.

—Claro. —Asentí con un movimiento de cabeza.

Era un consejo más inteligente que muchas guías de viaje. Cuando el portón volvió a cerrarse, el silencio adquirió otra dimensión. Ya no era el silencio del trayecto ni el del departamento vacío en Ciudad de México. Era el silencio de un lugar que todavía no había incorporado mi presencia.

Abrí las ventanas. Una corriente de aire cruzó lentamente el estudio. El olor a madera antigua comenzó a mezclarse con el de la cal recién pintada en algunos muros. Escuché pasos provenientes de la calle, el ladrido distante de un perro, y durante unos segundos, las campanas de una iglesia cuyo sonido llegaba amortiguado por las construcciones vecinas.

Caminé de regreso a la camioneta para guardarla en la cochera y bajar lo que faltaba de la mudanza.

Después de bajar la última caja, cuando me disponía a cerrar la cajuela, escuché un ruido leve. Una anciana barría lentamente la banqueta de una casa vecina. No parecía que estuviera limpiando, parecía estar acompañando el movimiento de las hojas.

Permanecí observándola por unos segundos. Me sorprendió la ausencia total de prisa. En Ciudad de México una escena semejante habría durado apenas un instante, pero aquí, nadie parecía medir el tiempo de esa manera. La mujer levantó apenas la vista, para saludarme. Le regresé el saludo, y después ella continuó barriendo exactamente al mismo ritmo.

No desempaqué de inmediato. Preferí recorrer la casa varias veces. Dos dormitorios, dos baños y medio, comedor, cocina, patio, y el estudio, que debió originalmente ser la sala y recepción. El mismo circuito, una y otra vez. Era una costumbre adquirida con los años. Necesitaba memorizar las proporciones antes de introducir objetos. Las habitaciones vacías, revelan relaciones espaciales que después quedan ocultas por el mobiliario.

Saqué una cinta métrica. Comencé a medir el estudio. Ancho. Largo. Altura. Distancia entre los ventanales. Orientación de la luz durante esa hora del día. Anoté todo en una libreta nueva.

Algunas personas creen que la pintura nace exclusivamente de la intuición, pero yo nunca he compartido esa idea. La intuición necesita un terreno preparado para manifestarse. La improvisación absoluta, a veces produce accidentes interesantes, pero rara vez sostiene una obra a largo plazo.

Cuando terminé las mediciones apoyé la espalda contra uno de los muros. Intenté imaginar el gran lienzo... que todavía no existía. Ni siquiera había comprado el bastidor. Sin embargo, podía percibir el lugar que terminaría ocupando. Casi toda la pared principal.

En ese momento no pensé en el tema, sólo pensé en la escala. Quería un formato que obligara al cuerpo a desplazarse constantemente. Un cuadro que no pudiera comprenderse desde un único punto de vista. Que exigiera caminar frente a él como se camina por una ciudad.

La idea apareció con tanta claridad que anoté otra frase: "La pintura debe recorrerse antes de entenderse." Guardé la libreta.

Comencé finalmente a abrir las cajas. Los pinceles fueron los primeros en salir. Los coloqué sobre una mesa larga junto a las espátulas, frascos de vidrio, recipientes metálicos y algunas herramientas que había fabricado yo mismo años atrás.

Después acomodé los libros en unos libreros estrechos, pero suficientes. No seguí un orden alfabético ni cronológico. Los distribuí según las conversaciones silenciosas que mantenían entre ellos: teoría del color junto a neurociencia de la percepción, historia del arte cerca de antropología, y cuadernos de viaje al lado de tratados técnicos sobre pigmentos minerales.

Mientras trabajaba, la luz comenzó a desplazarse lentamente por el piso del estudio. Entonces ocurrió algo que probablemente no habría llamado mi atención en cualquier otro momento. La sombra del limonero entró por uno de los ventanales y avanzó sobre el muro donde imaginaba instalar el lienzo.

No era una sombra particularmente compleja. Apenas el dibujo irregular de las ramas movidas por el viento. Aun así, permanecí observándola.

Durante unos segundos, tuve la impresión de que las sombras no seguían exactamente el movimiento de las hojas que alcanzaba a ver desde el patio.

No era una diferencia evidente. Quizás una fracción de segundo, tal vez menos. Parpadeé, y las sombras volvieron a coincidir perfectamente con las ramas. Sonreí para mí mismo.

Después de un viaje largo, el cerebro necesita reajustar muchas cosas. La fatiga modifica la atención, y la atención modifica la percepción. Había leído suficientes estudios sobre el tema, como para no convertir una impresión pasajera en un acontecimiento.

Sin embargo, antes de continuar desempacando, miré una vez más el muro. Vacío, quieto, esperando un cuadro que todavía no existía.

No sabía entonces que esa pared terminaría convirtiéndose en el lugar donde, por primera vez en mi vida, comenzaría a desconfiar no de lo que veía, sino de la aparente estabilidad con la que siempre había creído verlo.

Esa primera tarde, decidí no salir inmediatamente a recorrer el barrio. La tentación era evidente: bastaba abrir el portón para encontrar calles que, desde las fotografías, parecían invitar a caminar sin rumbo. Sin embargo, siempre he pensado que llegar a un lugar implica primero permitir que el lugar llegue a uno. Antes de mirar hacia afuera necesitaba comprender el espacio que, durante los siguientes meses, o años tal vez, condicionaría mis días.

Terminé de acomodar las cajas cuando el reloj se acercaba a las cinco. El estudio comenzaba a adquirir una apariencia familiar. No porque reprodujera el de Ciudad de México, sino porque los objetos empezaban a establecer relaciones entre sí. Los pinceles dejaban de ser herramientas guardadas en una caja para recuperar la posición que habían ocupado durante años en mi rutina. Los frascos de aceite de linaza y trementina encontraron un sitio junto a la mesa de trabajo. Los carboncillos quedaron separados de los grafitos, y éstos de las tintas. El orden no obedecía a un criterio estético, sino a la memoria muscular. Si durante una sesión de trabajo necesitaba una espátula específica, debía poder encontrarla sin interrumpir el pensamiento.

El último paquete contenía mis cuadernos. No eran diarios personales. Nunca he tenido la disciplina ni el interés por registrar mi vida cotidiana. Eran simples cuadernos de observación: anotaciones sobre exposiciones, mezclas de pigmentos, fragmentos de conversaciones escuchadas al azar, esquemas de composiciones abandonadas, referencias bibliográficas, y dibujos que, en la mayoría de los casos, jamás se transformaron en pinturas.

Los coloqué sobre un estante bajo, y tomé el más antiguo. La cubierta mostraba las marcas inevitables del uso. En la primera página aparecía una fecha de hacía casi veinte años, escrita durante

mi estancia en Pasadena. Reconocí inmediatamente mi letra de entonces: más inclinada, más impaciente, como si incluso la caligrafía intentara demostrar algo.

Leí apenas unas líneas: "Aprender a pintar consiste, en buena medida, en desaprender la velocidad con la que creemos reconocer el mundo."

No recordaba haber escrito esa frase. La reconocía como propia, pero no lograba reconstruir el momento en que había surgido. Me sorprendió descubrir que una idea capaz de acompañarme durante años, pudiera desaparecer casi por completo de mi memoria y reaparecer ahora, intacta, gracias a un cuaderno olvidado. Cerré la libreta.

Comprendí que no quería convertirme en arqueólogo de mí mismo. Había venido precisamente para evitar que el pasado dictara todas las decisiones del presente.

Preparé un café utilizando una cafetera italiana que me había acompañado desde Milán. Conservaba una pequeña abolladura en uno de los costados, recuerdo de una caída ocurrida durante otra de mis mudanzas. Nunca la reparé. Con el tiempo descubrí que esa imperfección me permitiría reconocerla de inmediato de cualquier otra, como si fuera a ser necesario.

Mientras esperaba que el agua comenzara a hervir, salí al patio. El limonero ocupaba el espacio con una serenidad casi insolente. No era particularmente grande, pero parecía haber encontrado el equilibrio exacto entre la sombra que ofrecía y la luz que permitía pasar.

En las esquinas, varias macetas contenían plantas aromáticas. Alguien las había cuidado hasta hacía poco tiempo, la tierra seguía húmeda.

Saqué una silla y me senté. El café tardó más de lo habitual porque olvidé ajustar el fuego. Sonreí al descubrirme distraído, no era algo frecuente. Durante años me había acostumbrado a mantener la

atención repartida entre varias tareas simultáneamente. Preparar un pigmento mientras corregía un dibujo. Escuchar música mientras revisaba fotografías de referencia. Responder una llamada sin dejar de trabajar sobre el lienzo... sólo algunos rasgos de mi DOC.

Pero ahí, en cambio, el tiempo parecía negarse a fragmentarse.

Bebí lentamente. No ocurrió nada extraordinario. Sin embargo, aquella ausencia de acontecimientos comenzó a producir una extraña sensación de plenitud. Quizás, la costumbre de vivir entre urgencias termina haciéndonos sospechar del sosiego, como si la tranquilidad fuera simplemente el intervalo que precede al siguiente problema.

Cuando terminé el café, cambié de opinión, y decidí salir. Cerré la casa con llave y eché a caminar sin un destino preciso.

Jalatlaco, no tardó en confirmar la primera impresión que había tenido al llegar. El barrio conservaba una escala que invitaba a recorrerlo sin ansiedad. Las calles estrechas obligaban a disminuir el paso. Las fachadas, aunque distintas entre sí, parecían participar de un mismo lenguaje arquitectónico sin necesidad de repetirse, y sin necesidad de ningún reglamento oficial.

No llevaba cámara. Fue una decisión deliberada. Había descubierto hacía tiempo, que fotografiar demasiado pronto un lugar me impedía verlo. La cámara sustituía la memoria, antes de que ésta tuviera oportunidad de trabajar, por lo que referí sólo mirar.

Un taller de cerámica dejaba ver, a través de una puerta abierta, varias piezas secándose sobre tablas de madera. Más adelante, otra mujer barría la banqueta con movimientos lentos mientras saludaba por su nombre, a quienes pasaban frente a su casa. Ninguna escena era excepcional, pero precisamente por eso resultaban valiosas.

Las ciudades suelen revelar su verdadera identidad, en aquello que no consideran digno de ser mostrado.

Continué caminando hasta encontrar una pequeña cafetería instalada en una construcción antigua de muros gruesos. Pedí un espresso y ocupé una mesa junto a la ventana. Saqué nuevamente la libreta.

No dibujé. Escribí: "No vine a buscar imágenes." Debajo añadí otra línea: "Vine a observar cómo aparecen." Cerré el cuaderno casi de inmediato.

Un hombre de unos cincuenta años, que trabajaba detrás de la barra, se acercó con naturalidad.

—¿Recién llegó?

—¿Tanto se nota?

Sonrió.

—Los que viven aquí, ya no miran las calles de esa manera.

En el momento, no supe si debía tomar el comentario como una observación, o como una advertencia.

—¿Y cómo las miran entonces?

Se encogió ligeramente de hombros.

—Como quien ya sabe dónde termina cada cosa.

La respuesta quedó suspendida entre nosotros. No tenía intención de convertir una conversación casual en una metáfora. Sin embargo, mientras regresaba caminando hacia la casa, aquellas palabras continuaron resonando con una persistencia inesperada.

"Ya saben dónde termina cada cosa."

Pensé en la pintura. En realidad, todo mi trabajo había consistido siempre en cuestionar justamente eso. ¿Dónde termina una forma? ¿Dónde comienza otra? ¿El borde pertenece al objeto, o pertenece a la mirada que lo delimita?

Al llegar al taller ya había oscurecido. Encendí únicamente las lámparas del estudio. La habitación adquirió otra personalidad bajo

la luz artificial. Los muros perdieron profundidad. Las sombras del mobiliario se hicieron más definidas.

Durante unos minutos permanecí de pie en el centro del espacio, imaginando nuevamente el gran lienzo.

Esta vez no pensé en colores. Pensé en una pregunta que llevaba meses acompañándome y que, hasta entonces, no había logrado formular con precisión.

No quería pintar lo que una ciudad parecía. Quería pintar el proceso mediante el cual una ciudad terminaba convirtiéndose, lentamente, en una experiencia interior.

Esa noche, antes de dormir, escribí una última anotación en la primera página del cuaderno que utilizaría exclusivamente para este proyecto: "Toda pintura comienza mucho antes del primer pigmento. Comienza el día en que uno acepta que quizás nunca ha mirado con la atención que creía poseer."

Cerré el cuaderno, y apagué la luz. Y, por primera vez desde que había decidido abandonar Ciudad de México, tuve la certeza de que no me había trasladado a Oaxaca para encontrar un lugar distinto.

Me había trasladado para poner a prueba a quien lo observaba.

Dormí como no recordaba haber experimentado en mucho tiempo. No fue un sueño reparador en el sentido romántico de la palabra, simplemente no desperté una sola vez durante la noche. Me había acostumbrado a algunas interrupciones casi imperceptibles: una motocicleta acelerando en la madrugada, una sirena lejana, el ascensor del edificio, el golpe seco de una puerta en algún departamento vecino.

Eran sonidos tan integrados a la rutina cotidiana, que dejaba de registrarlos conscientemente, aunque mi cuerpo sí lo hacía.

Pero aquí, en cambio, desperté porque la luz comenzaba a filtrarse por las cortinas. Miré el reloj... eran las seis y cuarto. Permanecí unos

minutos inmóvil, intentando reconocer el lugar. No había desorientación, sólo ese breve instante en que la mente necesita reconciliar el recuerdo con el espacio físico.

La habitación aún no me pertenecía del todo. Los muros blancos carecían de la memoria que el tiempo deposita sobre las casas habitadas.

Finalmente me levanté y crucé el patio descalzo. El aire de la mañana conservaba una frescura inesperada. Las hojas del limonero apenas se movían. En algún punto del barrio comenzó a escucharse el sonido metálico de una cortina de negocio levantándose. Después apareció el aroma del pan recién horneado. Era imposible identificar su origen exacto, simplemente parecía avanzar por las calles hasta instalarse en el patio.

Preparé el café. Esta vez sin prisas, y mientras esperaba, abrí completamente las puertas del estudio. La luz de la mañana confirmó lo que había percibido el día anterior: el espacio había sido construido casi accidentalmente para pintar. Ningún ventanal recibía el sol de manera directa. La iluminación era constante, limpia, sin cambios bruscos que alteraran la lectura del color.

Me acerqué al muro principal. Vacío. Todavía resultaba difícil imaginar que, en pocas semanas, un lienzo de gran formato ocuparía casi toda esa superficie.

Saqué la libreta destinada al proyecto. No escribí sobre técnicas ni materiales. En cambio, escribí una pregunta: "¿Qué estoy intentando comprender?"

Durante varios minutos observé la frase sin intentar responderla. Formular correctamente una pregunta, suele ser más difícil que encontrar una respuesta aceptable. Muchas pinturas fracasan porque intentan responder a interrogantes que nunca fueron definidas con claridad.

Finalmente escribí debajo: "No quiero representar una ciudad."

Después añadí otra línea: "Quiero comprender cómo un lugar, modifica la forma en que alguien aprende a mirar."

Me detuve. Aquella formulación se acercaba más a lo que llevaba meses buscando. No era un proyecto sobre Oaxaca, tampoco sobre Jalatlaco. Era un proyecto sobre la percepción, y la ciudad sería el interlocutor, no el tema.

Guardé el cuaderno y comencé a elaborar una lista de materiales pendientes. Necesitaba mandar construir el bastidor, conseguir lino de buena calidad, revisar proveedores de pigmentos minerales y localizar un carpintero capaz de trabajar con precisión. Había decidido fabricar personalmente algunas herramientas, pero no tenía sentido improvisar la estructura principal del lienzo.

Al salir, pregunté a un vecino dónde podía encontrar una carpintería de confianza. Se quedó pensando unos segundos.

—¿Va a construir algo?

—Un bastidor para pintura.

Su expresión cambió ligeramente.

—¿Es pintor?

—Sí.

—Entonces pregunte por don Evaristo. Hace marcos desde antes de que yo naciera. Si alguien entiende cómo trabaja la madera, es él.

Anoté el nombre. No hubo más preguntas, me agradó esa discreción. En las grandes ciudades, las conversaciones suelen convertirse rápidamente en intercambios de información personal. Aquí parecía bastar con lo necesario.

Caminé varias calles antes de encontrar el taller. No tenía letrero, sólo una puerta abierta y el sonido constante de una garlopa deslizándose sobre la madera. Un hombre de cabello completamente blanco levantó la vista cuando entré. No dejó de trabajar. Esperé a que terminara el movimiento antes de hablar.

—Buenos días.

Le expliqué lo que necesitaba. Escuchó sin interrumpirme, después hizo algo que me sorprendió. No preguntó las dimensiones del bastidor, me preguntó por las dimensiones del estudio. Respondí.

Luego, quiso saber hacia dónde estaban orientadas las ventanas, cuánta humedad tenía el espacio, y si el lienzo permanecería fijo durante meses, o sería trasladado con frecuencia.

Comprendí inmediatamente el sentido de aquellas preguntas. La madera también tiene memoria. Se dilata, se contrae, respira con el ambiente. Un bastidor mal construido puede deformar un cuadro años después de haber sido terminado.

Durante casi media hora hablamos exclusivamente de madera. No de arte. No de exposiciones, ni de mercados. Hablamos de fibras, de tensiones, de humedad, y de ensamblajes. Al despedirme tuve la impresión de haber conversado con alguien que entendía profundamente su oficio, sin necesidad de convertirlo en discurso.

Acordamos vernos nuevamente dos días después para revisar los planos del bastidor. Regresé caminando por una ruta distinta. Intenté no memorizarla deliberadamente, prefería permitir que el barrio comenzara a organizarse dentro de mi cabeza.

En un cruce de calles, me detuve frente a una fachada cubierta parcialmente por bugambilias. No era más hermosa que otras que había visto esa mañana. Sin embargo, algo en la relación entre la sombra de las flores y el color del muro, llamó mi atención.

No pensé en pintarla. Pensé en la dificultad de describir exactamente aquel tono. La palabra "magenta" resultaba insuficiente. También "violeta", o incluso "púrpura". Los nombres parecían quedarse cortos, frente a la experiencia concreta del color.

Recordé una conversación ocurrida años atrás con uno de mis profesores en el ArtCenter, en Pasadena. Había dicho: "Los colores no existen para ser nombrados. Existen para ser relacionados."

En ese momento la frase me pareció una elegante exageración pedagógica, pero ahora comenzaba a sospechar que encerraba algo más, mucho más.

Continué caminando. El resto de la mañana transcurrió entre pequeñas compras: recipientes de vidrio, paños de algodón, una escalera plegable y algunos utensilios domésticos que había olvidado traer. Nada extraordinario, pero precisamente esa normalidad me producía una sensación de equilibrio, que había echado de menos durante meses.

Al regresar al taller descargué las bolsas sobre la mesa. Abrí nuevamente las puertas del estudio. La luz del mediodía ocupaba exactamente el mismo lugar que el día anterior. Por un instante imaginé cómo se desplazaría sobre el futuro lienzo.

No vi ninguna imagen. Ninguna composición, ninguna revelación. Y eso me tranquilizó. Desconfiaba de los artistas que aseguraban tener una obra completa en la mente antes de comenzar a trabajar.

La pintura no consiste en ejecutar una idea terminada. Consiste en descubrir, mediante el trabajo, algo que aún no sabemos formular.

Me acerqué una vez más al muro vacío, y apoyé suavemente la palma de la mano sobre la superficie fría. No era un gesto ritual, era una manera de establecer un compromiso.

Había abandonado una ciudad, una rutina y una forma de trabajar para llegar hasta ahí. No esperaba respuestas inmediatas, esperaba, al menos, hacerme preguntas más honestas.

Todavía ignoraba que el verdadero desafío no consistiría en pintar un cuadro de grandes dimensiones. Consistiría en comprobar, hasta qué punto podría seguir confiando, en el instrumento con el que todo pintor trabaja antes incluso que con los pinceles... su propia mirada.